

to saca tendrá buenos ejercicios, aunque no tenga aquella devoción que deseaba; y si esto no saca, aunque desde el principio hasta el cabo se derrita en lágrimas y devoción, no habrá tenido buenos ejercicios, porque no es ese el fin de ellos, sino esotro.

Ayudará también mucho aquel aviso que nuestro Padre nos dá (1) y quiere que guardemos siempre en la oración, que después que haya acabado uno su hora de oración, por espacio de un cuarto de hora ó cerca, sentado ó paseándose, haga exámen de la oración y se tome cuenta cómo le ha ido en ella, y si le ha ido mal, mire la causa de donde procedió; mire si llevaba bien preparado el ejercicio, si dió lugar á otros pensamientos impertinentes, si se dejó vencer del sueño, si se detuvo demasiado en la especulación del entendimiento, si estuvo en la oración con el corazón caído y remiso, si no procuró de ejercitar los afectos de la voluntad, si no tuvo la intención tan pura como era razón, buscando más su consuelo que el beneplácito divino. Y si hallare haber faltado, arrepíentase de ello y proponga la enmienda para adelante; y si le ha ido bien, dará gracias á Dios nuestro Señor, procurando de haberse de la misma manera en las demás oraciones. Este documento es de mucha importancia. Lo primero, porque con este exámen y reflexión que uno hace, de cómo le ha ido en la oración, toma experiencia por donde le va mal, para quitarlo, y por donde le vá bien, para seguirlo: con lo cual se alcanza la discreción espiritual y el magisterio que nace de la ciencia experimental. Por esto nuestro Padre (2) estima en mucho este exámen y reflexión para sacar maestros, no solo en esto, sino tam-

(1) S. P. N. Ignac. lib. exercit. spirit. in addition. 4. hebdom. additione 5.
(2) 4. p. const. cap. 8. litera. D.

bien en otros ejercicios y ministerios nuestros. Y así, en la cuarta parte de las constituciones, dice que le ayudará mucho al confesor, para hacer bien su oficio, después que ha oído alguna confesión, hacer reflexión para ver y considerar si ha hecho alguna falta en aquella confesión, especialmente á los principios, para enmendarse otra vez, y de sus yerros sacar aciertos. Pues para esto se hace también este exámen de la oración, y esto es lo primero que habemos de hacer en él. Es de tanta estima la oración, é impórtanos tanto el acostumbarnos á hacerla bien, y el ir quitando las faltas que en ella hacemos, que no se contentó nuestro Padre en esto con el exámen que cada día acostumbramos á medio día y á la noche, sino luego inmediatamente, en acabando de tener la oración, quiere que hagamos exámen de ella. Lo segundo que ha de hacer uno en este exámen, y muy principal, ha de ser mirar qué es el fruto que ha sacado de aquella oración y tornarse á actuar de nuevo en él; como cuando uno repite la lección y saca en limpio las conclusiones y verdades, y hace como un epílogo de ellas. Y háse de tener por de tanta importancia este exámen, que cuando uno no tuviese tiempo para hacerle después de la oración, le debe hacer en la misma oración al fin de ella.

Podemos añadir aquí otro punto, y es, que será muy buen consejo apuntar uno lo que saca de la oración, escribiendo, no á la larga, sino brevemente, los deseos y propósitos que saca de ella, y también algunas verdades é ilustraciones, ó desengaños, que el Señor suele allí dar, unas veces acerca de algunas virtudes, otras acerca de los mismos misterios que se meditan. Y así leemos que lo usaron nuestros primeros Padres, nuestro P. S. Ignacio, el P. Pedro Fabro; y tenemos algunas cosas suyas que escribieron de esto. Y el P. S.

Francisco Javier aconsejaba también lo mismo, como leemos en su vida (1). Y en el Directorio de los ejercicios se nos pone también este aviso (2). Y nuestro Padre general Claudio Aquaviva en las industrias que escribió tratando de la oración encomienda esto (3). Y fuera de que con esto se perfeccionan más los propósitos y deseos, y se arraigan más en el corazón, tenemos experiencia que se aprovecha uno mucho después de leer estas cosas, porque como han sido propias y las ha uno sentido como tales, muévenle después más que otras, y cuando vé que después no llega á aquello, confúndese de que no es tal cual entonces era, y que en lugar de ir adelante vuelve atrás. De manera que, ó se anima á llevar adelante aquello, ó á lo menos suple con confusión lo que le falta de perfección, y así siempre suele ser esto de mucho provecho; pero particularmente lo es en tiempo de ejercicios.

CAPITULO XXVIII.

De la lección espiritual, cuán importante sea, y de algunos medios que nos ayudarán á tenerla bien y provechosamente.

La lección es hermana de la oración y grande ayudadora de ella; y así aconseja el Apóstol San Pablo á su discípulo Timoteo que atienda á ella (4). Es de tanta importancia esta lección espiritual para el que trata de servir á Dios que dice San Atanasio, en una exhortación que hace á los religiosos: «No vereis á nadie que trate de veras de su aprovechamiento que no sea dado á la lección espiritual, y el que la dejare, presto se le echará de ver en su aprove-

(1) Lib. 6. c. 13. vitae P. Franc. Xavier.
(2) Cap. 2 et 4, Directorii exercitiorum spiritualium.
(3) Claudius Aquaviva in industr. ad curandos animae morbos c. 3.
(4) Attende lectioni. I ad Tim. IV, 13.

chamiento (1).» Si Gerónimo, en la Epístola ad Eustochium, encomendándole mucho que se diese á esta sagrada lección, dice: «Tómeme el sueño leyendo, y cuando vencido del sueño cabeceares, caiga tu cabeza sobre el Libro Santo (2).» Todos los Santos encomiendan mucho esta lección espiritual. Y la experiencia nos muestra bien de cuánto provecho sea, pues tenemos llenas las historias de conversiones grandes que el Señor ha obrado por este camino.

Por ser esta lección un medio tan principal y tan importante para nuestro aprovechamiento, los instituidores de las religiones, fundados en la doctrina del Apóstol, y en la autoridad y experiencia de los Santos, vinieron á ordenar que sus religiosos tuviesen cada día lección espiritual; del bienaventurado San Benito dice Umberto (3) que ordenó que cada día hubiese tiempo señalado para esta lección y juntamente ordenó que en el tiempo de ella dos de los monges más antiguos anduviesen visitando el monasterio á ver si alguno la dejaba ó impedía á los otros. Por donde se verá cuánto caso hacía de ella; y de camino también se entenderá que estas visitas que se usan hacer acá en la Religión cada día en los ejercicios espirituales, están fundadas en la doctrina y experiencia de los Santos antiguos. Y por la primera y segunda vez mandaba el Santo que el tal fuese corregido blandamente; pero si no se enmendaba, que le corrigiesen y diesen penitencia de tal manera que los demás temiesen y esearmentasen. En la Compañía tenemos regla de esta lección espiritual que dice: «Todos cada día dos veces den el tiempo que les fuere señalado al exámen de su

(1) Sine legendi studio, neminem ad Deum intentum videas.
(2) Tenenti codicem somnus obrepit, et cadentem faciem pagina sancta suscipiat.
(3) Umbertus in prologo.

conciencia y á la oracion, meditacion y leccion, con toda diligencia en el Señor (1). Y el superior y el prefecto de las cosas espirituales tienen cuidado que cada uno depute siempre algun tiempo para esto. Y generalmente es este un medio muy usado de todos los que tratan de virtud y perfeccion; y asi, para que todos le ejerciten con mas fruto, diremos aqui algunas cosas que ayudarán para ello.

San Ambrosio, exhortando á que todo el tiempo que pudiéramos nos demos á la oracion y á la leccion espiritual, dice: «¿Por qué el tiempo que teneis desocupado no lo empleais en leccion ó en oracion? ¿Por qué no os vais á visitar á Cristo nuestro Señor, y á hablar con él y oírle? Porque cuando oramos, dice, hablamos con Dios y cuando leemos oímos á Dios (2).» Pues sea este el primer medio para aprovecharnos de la leccion espiritual, que hagamos cuenta que Dios está hablando con nosotros y nos dice aquello que alli leemos.

San Agustin (3) pone tambien este medio: «Cuando leyeres, has de hacer cuenta que Dios te está diciendo aquello que lees, no solo para que lo sepas, sino para que lo cumplas y pongas por obra.»

Y añade otra consideracion muy buena y devota: «¿Sabeis, dice (4), cómo habemos de leer las Santas Escrituras? como quien lee unas cartas que le han venido de su tierra; á ver qué nuevas tenemos del cielo, qué nos dicen de allá de nuestra patria, donde tenemos á nuestros padres y hermanos, y á

(1) Regul. 1, commun.

(2) Cur non illa tempora, quibus ab Ecclesia vacas, lectioni impendas? Cur non Christum revisas, Christum alloquaris, Christum audias? Illum alloquimur, cum oramus; illum audimus, cum divina legimus oracula. Ambros. l. 1 officior. c. 20.

(3) Ita Scripturas Sanctas lege, ut semper memineris Dei illa verba esse, qui legem suam non solum sciri, sed etiam impleri jubet. August. Epist. 143 ad Demetriad. virginem.

(4) Divinae Scripturae quasi litterae de patria nostra sunt. August. serm. 56, ad frat. in eremo.

nuestros amigos y conocidos, y á donde estamos deseando y suspirando por ir.

San Gregorio, tratando de esto, dice (1) que la Sagrada Escritura, y lo mismo podemos entender de cualquiera otra leccion espiritual, es como ponernos un espejo delante de los ojos del alma para que en él veamos nuestro interior, porque ahí conocemos y echamos de ver lo bueno y lo malo que tenemos, y cuánto aprovechamos ó cuán lejos vamos de la perfeccion. Y cuéntansenos allí algunas veces los hechos admirables de los Santos para animarnos á imitarlos y para que, viendo sus grandes victorias y triunfos, no desmayemos en las tentaciones y trabajos. Y otras veces no solo se cuentan sus virtudes, sino tambien sus caidas, para que con lo uno sepamos lo que habemos de imitar, y con lo otro lo que habemos de temer. Y asi se nos pone delante, unas veces un Job, que creció, como espuma, con la tentacion, y otras veces un David, que fué derribado con ella; para que aquello nos anime y dé confianza en medio de las tribulaciones, y esto otro nos haga humildes y temerosos en medio de las prosperidades y consolaciones, y nos haga nunca fiar ni asegurarnos de nosotros mismos, sino andar siempre con grande cautela y recato. Y asi dice San Agustin: «Entonces usas muy bien de la leccion de las Escrituras Santas, cuando la tomas como espejo en que se mira tu ánima, procurando de corregir y quitar lo feo y malo que allí se reprende, y adornarla y hermosearla con los ejemplos y virtudes que alli lees (2).»

Pero descendiendo mas en particular al modo que habemos de tener en esto, se ha de notar que para que esta leccion sea pro-

(1) Greg. lib. 3, cap. 1.

(2) Optime uteris lectione Divina si tibi eam adhibeas speculi vice, ut ibi velut ad imaginem suam anima respiciat, et vel foeda quaeque corrigat, vel pulchra plus ornent. August. Episc. 143, ad virginem Demetriadem.

vechosa, no ha de ser apresurada ni de corrida como quien lee historia, sino muy sosegada y atenta; porque asi como el agua recia y el turbion no cala ni fertiliza la tierra, sino la mollizna mansa, asi para que la leccion éntre y se embeba mas en el corazon, es menester que el modo de leer sea con pausa y con ponderacion. Y es bueno, cuando hallamos algun paso devoto, detenernos en él un poco mas y hacer allí una como estacion, pensando lo que se ha leído, procurando de mover y aficionar la voluntad al modo que lo hacemos en la meditacion, aunque en la meditacion se hace eso mas despacio, deteniéndonos mas en las cosas y rumiándolas y digiriéndolas mas; pero tambien se debe hacer esto en su modo en la leccion espiritual. Y asi lo aconsejan los Santos (1), y dicen que la leccion espiritual ha de ser como el beber de la gallina, que bebe un poco y luego levanta la cabeza, y torna á beber otro poco, y torna á levantar la cabeza.

En lo cual se vé cuán hermana y compañera sea la leccion de la oracion. Es lo tanto que, cuando queremos poner de nuevo á alguno en oracion mental y nos queremos ir poco á poco con él, por pedirlo asi la disposicion de la persona, le aconsejamos primero que lea algunos libros devotos, yendo en la leccion haciendo sus estaciones y paradas de la manera que habemos dicho, porque por aqui les suele muchas veces el Señor levantar al ejercicio de la oracion mental. Y tambien á otros cuando no pueden entrar en la oracion ni les parece que pueden hacer nada en ella, les sue-

(1) Bern. Epist. seu Tract. ad frat. de Monte Dei: Haurieudus est saepe de lectionis serie affectus, et formanda oratio, quae lectionem interrumpat, et non tam impediatur, interrumpendo, quam puriore continuo animum ad intelligentiam lectionis restituat. Et in spech. Monach: Nec semper ad oratorium est eundem, sed in ipsa lectione poterit contemplari et orare. — Idem S. Ephren serm. 7. — Crisost. hom. 20, super Genesim. — August. serm. 38 ad frat. in erem.

len aconsejar que tomen algun buen libro y junten en uno la oracion con la leccion, leyendo un poco y meditando y teniendo oracion sobre ello, y luego otro poco; porque de esta manera, yendo asi atado el entendimiento á las palabras de la leccion, no tiene tanto lugar para derramarse en diversas imaginaciones y pensamientos como cuando está libre y suelto. De manera que en la leccion podemos tambien tener oracion.

Por esto los Santos encomiendan tanto la leccion espiritual, que dicen de ella casi las mismas alabanzas y bienes que de la oracion. Porque dicen que es manjar espiritual del alma, que la hace fuerte y constante contra las tentaciones; que cria en ella buenos pensamientos y deseos del cielo; que da luz á nuestro entendimiento; que inflama y enciende nuestra voluntad; que quita las tristezas del siglo y causa una alegría verdadera, espiritual y segun Dios; y otras cosas semejantes.

El bienaventurado San Bernardo da otra advertencia para aprovecharnos de la leccion espiritual. Dice: «El que se llega á leer, no busque tanto el saber cuanto el sabor y gusto de la voluntad (1);» porque solo el saber del entendimiento es cosa seca si no se aplica á la voluntad, de manera que se vaya cebando el afecto y conservando la devocion, que es lo que hace jugosa y fructuosa la leccion y es el fin de ella. Esta es una advertencia muy principal, porque hay mucha diferencia de leer para saber, y de leer para aprovecharse; de leer para otros ó para sí: porque lo primero es estudiar, y lo segundo leccion espiritual. Y asi, si cuando leais poneis los ojos en saber cosas ó en sacar qué poder despues predicar y decir á otros, este será estudio para otros, y no leccion espiritual para vuestro

(1) Si ad legendum accedat, non tam quaerat scientiam quam saporem. Bernard. in speculo Monachorum.

aprovechamiento. Para aquello hay otros tiempos: "Cada cosa tiene su tiempo (1)." El tiempo de la leccion espiritual no es para eso, sino para lo que habemos dicho.

Tambien encomiendan aqui los Santos (2), por la misma razon, que no lea uno de cada vez muchas cosas ni pase muchas hojas, porque no canse el espíritu con la prolija leccion, en lugar de recrearle; que es otro aviso muy bueno y muy necesario para algunos que parece ponen su felicidad en leer mucho y pasar muchos libros. Asi como no sustenta el cuerpo el mucho comer, sino la buena digestion de lo que se ha comido, asi tampoco sustenta al alma el leer mucho, sino el rumiar y dijir bien lo que se leyere. Por la misma causa dicen tambien que la leccion espiritual no ha de ser de cosas dificultosas, sino de cosas llanas y mas devotas que dificiles, porque las dificiles suelen fatigar y secar la devocion. Hugo de Santo Victor trae un ejemplo de un siervo de Dios que por revelacion fué amonestado que dejase la leccion de estas cosas y leyese las vidas y martirios de los Santos y otras cosas llanas y devotas, con lo cual aprovechó mucho (3).

Dice mas San Bernardo: "Siempre de lo que leemos habemos de guardar algo en la memoria para rumiarlo y digerirlo despues mejor, especialmente lo que vemos que nos podrá ayudar mas á lo que habemos menester, y para andar pensando entre dia en cosas buenas y santas, y no en cosas impertinentes y vanas (4)." Asi como no come-

(1) Omnia tempus habent. Ecc. III, 1.
(2) Diffusa etiam lectio scripturae fatigat, non reficit interiorem animum, frangit intentionem, hebetat sensum vel ingenium. Bernard. Epist. ad fratres de monte Dei.—S. Ephren. serm. 7.
(3) Hugo de Sancto Victore, lib. 3 erudition didascalicae, c. 7.
(4) Sed, et de quotidiana lectione, aliquid quotidie in ventrem memoriae dimittendum est, quod fidelius digeratur; et rursus revocatum, crebrius ruminetur quod proposito conveniat, quod intentioni proficiat, quod detineat animum, ut aliena cogitare non

mos el manjar corporal para gastar aquel espacio de tiempo en eso, sino para que en virtud de aquel mantenimiento que entonces tomamos podamos trabajar todo el dia y toda la vida; asi tambien la leccion, que es manjar y mantenimiento espiritual de nuestra ánima, porque son palabras de Dios, no es solamente para gastar bien aquel tiempo que leemos, sino para aprovecharnos de ella despues entre dia. Tambien será muy bueno y nos ayudará mucho para todo, antes que comencemos á leer, levantar el corazon á Dios y pedirle gracia para que sea con provecho y que se nos vaya embebriendo y arraigando en el corazon lo que leyéremos, y quedemos mas aficionados á la virtud, y mas desengañados y resueltos en lo que nos conviene. Y asi leemos del bienaventurado San Gregorio que antes de la leccion se preparaba siempre con oracion, y solia decir aquel verso: "Apartaos de mí, spiritus malignos, y consideraré la Ley y Mandamientos de mi Dios (1)." *medias al*

Para que estimemos mas esta leccion y nos animemos mas á ella, van comparando los Santos la leccion espiritual con el oír la palabra de Dios. Y dicen que, aunque la leccion no tiene la energía que tiene la viva voz, tiene otras comodidades que no tienen los sermones: porque lo primero, al predicador no le puede uno haber tan á la mano y á todos tiempos como al libro bueno; lo segundo, lo bien dicho en un predicador pásaseme de largo, y asi no hace tanto efecto en mí; pero lo bien dicho en un libro, puedo revolver sobre ello una y muchas veces, rumiarlo y ponderarlo, y asi hacer mayor presa en ello; lo tercero, en el buen libro tengo un consejero bueno y libre, porque como dijo bien el otro filósofo (2), lo

libeat. Bernard. Epist. seu tract. ad fratres de monte Dei.
(1) Declinate a me maligni, et scrutabor mandata Dei mei. Ps. CXVIII, 113.
(2) Demetrio Falerio,

que no me osa á veces decir el amigo ó el consejero, me lo dice el libro sin miedo, avisándome de mis vicios y defectos, y riéndome y exhortándome; lo cuarto, con la leccion estoy conversando con aquellos que escribieron el libro, unas veces os podeis ir á tener un rato de conversacion con San Bernardo, otras con San Gregorio, otras con San Basilio, otras con San Crisóstomo, y estarlos oyendo y escuchando lo que os dicen como si entonces fuéades discípulo suyo. Y asi dicen, y con mucha razon, que los libros buenos son un tesoro público, por los bienes y riquezas grandes que de ellos podemos sacar. Finalmente, son tantos los bienes y provechos que se siguen de la leccion espiritual que San Gerónimo, tratando del incendio interior del ánima pregunta: "¿Dónde está este incendio?" Y responde: "no hay duda, sino que está en las Escrituras Sagradas, con cuya leccion se enciende el ánima en Dios y queda purificada de todos los vicios (1)." Y trae para esto aquello que dijeron los discípulos, cuando yendo al castillo de Emaus, les apareció Cristo nuestro Redentor en forma de peregrino é iba hablando con ellos de las Santas Escrituras: "¿Por ventura no estaba encendido y ardiendo nuestro corazon, cuando por el camino nos iba hablando y declarando las Escrituras (2)?" Y trae tambien aquello del Profeta: "Las palabras del Señor son palabras castas y puras, como plata purificada con el fuego (3)." Y San Ambrosio dice: "que la leccion sagrada sea vida del alma", el Señor lo dice: "Las palabras que yo os he hablado son espíritu y vida (4)." Pues para que

(1) Hieron. Epist. ad Damasum Papam
(2) Nonne cor nostrum ardens erat in nobis cum loqueretur in via, et aperiret nobis Scripturas? Luc. XXIV, 32.
(3) Eloquia Domini, eloquia casta, argentum igne examinatum. Ps. CXVII.
(4) Quod autem sacrarum litterarum lectio vita sit, Dominus testatur, dicens (Joannis sexto): verba quae ego locutus sum vobis, spiritus, et vita sunt (Joann. VI, 64). Ambros. serm. 33.
B. del C., tomo XIV.—I.—EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.—T. I.

vivamos vida espiritual y andemos siempre en espíritu y encendidos é inflamados en amor de Dios, démonos mucho á esta sagrada leccion, y usémosla de la manera que habemos dicho.

Muchos ejemplos pudiéramos traer en confirmacion de los bienes y provechos grandes que se siguen de esta leccion; pero solamente traeré uno de San Agustin que contiene mucha doctrina. Cuenta el santo (1) que un caballero de Africa, llamado Poteciano, viniéndole á visitar un dia, le dió nuevas de las maravillas que por el mundo se decian del bienaventurado San Antonio: y añadió mas, que una tarde, estando el emperador en la ciudad de Tréveris ocupado en ver ciertos juegos públicos que alli se hacian, él con otros tres cortesanos amigos suyos se salieron á pasear por el campo, y los dos de ellos se apartaron á una celda de un monge y hallando alli un libro en que estaba escrita la vida de San Antonio, comenzó el uno de ellos á leer por ella, y súbitamente encendido su corazon con un amor santo y enojado consigo mismo, dijo al amigo: "dime, ruégote, ¿qué es lo que pretendemos alcanzar con todos nuestros trabajos en que andamos tantos años há peleando en tantas guerras? ¿Por ventura, podemos venir á mejor fortuna en palacio que á ser privados del emperador? Pues en este estado, ¿qué cosa hay que no sea quebradiza y de gran peligro? Y á este tan gran peligro ¿por cuántos otros peligros caminamos? Mas si quiero ser amigo de Dios, luego lo puedo ser." Diciendo estas palabras, turbado con el parto de la nueva vida, volvía los ojos al libro, y mudábase de dentro, y despediase de las cosas mundanas, segun que luego pareció: porque despues que acabó de leer y se levantaron muchas olas en su corazon, con un gran

(1) Aug. lib. 8 Confess. cap. 6.

gemido dijo á su amigo: «ya yo estoy quieto y descansado, y he dado de mano á nuestras esperanzas, y tengo determinado de servir á Dios, y desde esta hora me quedo en este lugar; tú, si no quieres imitarme, no quieras estorbarme.» Respondió el otro que no podía apartarse de él, ni dejar de tenerle compañía, con la esperanza de tan grande paga. Y así comenzaron ambos á levantar el edificio espiritual y seguir á Cristo con suficientes espensas, que era con dejar todas las cosas. Y lo que no es menos de maravillar, ambos tenían sus esposas, las cuales, cuando esto supieron, se consagraron á Dios ó hicieron voto de virginidad.— Esto refiere San Agustín, y fué para él de tan grande eficacia este ejemplo, que dió luego voces á un amigo suyo con mucha turbacion, diciendo: «¿qué hacemos? ¿qué es esto? ¿qué has oido? Levántanse los ignorantes y roban el reino de los cielos, y nosotros con nuestras letras andamos sumidos en el profundo (1)!» Con esta alteracion y sentimiento, dice el Santo, que se entró en un huerto que allí tenia y se dejó caer debajo de una higuera, y soltando las

(1) Surgunt indocti, et rapiunt Regnum Dei: et nos cum nostris litteris demergimur in profundum. Aug.

riendas á las lágrimas con grande angustia y turbacion de su corazon comenzó á decir: «Y tú, Señor, ¿hasta cuándo, hasta cuándo estarás enojado? ¿No ha de tener fin tu ira? No te acuerdes, Señor, de nuestras maldades antiguas.» Y tornaba á repetir estas palabras: «¿hasta cuándo, hasta cuándo?» «Mañana, mañana; ¿por qué no ahora? ¿Por qué no se dará hoy fin á mis torpezas?» Y diciendo esto con un grande sentimiento, oyó una voz que le dijo: *toma, lee; toma, lee.* Entonces dice que se levantó para tomar un libro sagrado, que cerca de sí tenia, para leer por él; porque habia oido del mismo Antonio, que de una leccion del Evangelio, que acaso oyera, la cual decia: «Vé y vende todo lo que tienes, y dalo á los pobres, y vén y sígueme, y tendrás un tesoro en el cielo (1)», se habia determinado de dejar todas las cosas y seguir á Cristo. Pues movido él con este ejemplo, y mas con la voz que habia oido, dice que tomó el libro y comenzó á leer por él. Y allí le infundió Dios una tan grande luz que, dejadas todas las cosas del mundo, se entregó del todo á servirle.

(1) Matth. XIX, 21.

TRATADO SESTO.

De la presencia de Dios.

CAPITULO I.

De la excelencia de este ejercicio, y de los bienes grandes que hay en él.

«Buscad á Dios con fortaleza y perseverancia, dice el profeta David (1); buscad siempre su faz.» La faz del Señor, dice San Agustín (2) que es la presencia del Señor. Y así, buscar la faz del Señor siempre, es andar siempre en su presencia convirtiendo el corazon á él con deseo y con amor. Isiquio en la Centuria última (tráelo tambien (3) San Buenaventura) dice que andar siempre en este ejercicio de la presencia de Dios es comenzar á ser acá bienaventurados; porque la bienaventuranza de los Santos consiste en ver á Dios perpétuamente sin jamás perderle de vista. Pues ya que en esta vida no podemos ver á Dios claramente, ni como él es, porque eso es propio de los bienaventurados, á lo menos imitémosle á nuestro modo segun lo sufre nuestra fragilidad, procurando estar siempre mirando, respetando y amando á Dios. De manera que así como Dios Nuestro Señor nos crió para estar eternamente delante de él en el cielo y gozarle, así quiso que tuviésemos acá en la tierra un retrato y en-

(1) Quaerite Dominum, et confirmamini; quaerite faciem ejus semper. Ps. CIV, 4.
 (2) August. sup. Ps. CIV.
 (3) Bonav. tom. 2, opusc. lib. 2, de profectu Religiosor. cap. 20.

sayo de aquella bienaventuranza, andando siempre delante de él mirándole y reverenciándole, aunque á oscuras. «Ahora miramos y vemos á Dios» por la fé «como por espejo; despues le veremos descubiertamente y cara á cara (1).» Aquella vista clara (dice Isiquio) es el premio y la gloria, y bienaventuranza que esperamos; estotra oscura es mérito por donde habemos de venir á alcanzar aquella (2). Pero, al fin, en nuestro modo imitamos á los bienaventurados procurando de nunca perder á Dios de vista en las obras que hacemos, así como los santos ángeles que son enviados en nuestra ayuda para guardarnos y defendernos, de tal manera se ocupan en esos ministerios, que nunca pierden de vista á Dios, como lo dijo el ángel Rafael á Tobías: «Parecia que estaba comiendo y bebiendo con vosotros; empero yo uso de otro manjar invisible y de otra bebida que no puede ser vista de los hombres (3).» Estáanse sustentando de Dios (4). Así nosotros, aunque comamos y bebamos, tratemos y negociemos con los hombres, y parezca que nos

(1) Videmus nunc per speculum in enigmate, tunc autem facie ad faciem. I. ad Cor. XIII, 12.
 (2) Ista est meritum, illa praemium.
 (3) Videbar quidem vobiscum manducare, et bibere; sed ego cibo invisibili, et potu, qui ab hominibus videri non potest, utor. Tob. XII, 19.
 (4) Semper vident faciem Patris mei, qui in coelis est. Matth. XVIII, 10.